1

Luca es un gato que parece un cachorro de tigre: buenos colmillos, garras afiladas, pelo corto y rayas oscuras bien pintadas en la piel. Desde muy pequeño es un artista cazando moscas y ratones, tanto, que se ha ganado el apodo de Luca, «el Cazador».

La familia con la que vive está encantada y le saca buen provecho a tanta habilidad, porque allí donde está Luca no se acerca ni una mosca ni un ratón, a no ser que anden despistados o sean nuevos en el barrio. Incluso, si a la hora del almuerzo, cuando la mamá de la casa está a punto de servir la sopa, a una mosca novata se le

ocurre regatear entre platos y vasos, allí salta Luca dispuesto a echarle la zarpa, aunque para ello tenga que meter la pata dentro de la sopa de papá, tirar el vaso de mamá o restregar con la punta de la cola la nariz de Martina: todos lo aplauden a rabiar. Sobre todo Martina, que es una fan entusiasta del gato y le tiene mucho respeto. Cuando ella nació el gato se pasaba horas al lado de la cuna vigilando que nada ni nadie turbara el sueño de la pequeña.

Es Martina quien se da cuenta de que algo raro le pasa a Luca.

Es domingo por la mañana de este febrero tan frío, el sol entra generoso por las ventanas del comedor y lame a Luca, que, tendido panza arriba, remolonea. Como es domingo, mamá y papá también se quedan

más rato en la cama y Martina hace zapping frente al televisor con el tazón de cereales en el regazo, esperando a que empiece la serie de dibujos animados de los días de fiesta. Entonces llega una mosca y se instala en la puntita del mando a distancia; Martina la mira distraída y, devolviendo la mirada a la pantalla del televisor, grita:

—¡Luca!, ¡mosca a la vista!

Luca, que se entretiene en lamerse calmosamente la pata izquierda, levanta la oreja, después la cabeza, ojea a su alrededor y sorprendido dice:

—¿Una mosca? ¿Dónde?

—¡Aquí! —Y Martina le señala el extremo de la mesa del televisor adonde la mosca ha emigrado hace dos segundos.

Luca entrecierra los ojos para enfocar mejor, pero nada, ni pum. La mosca, que quizá busca pelea, levanta el vuelo y toma

altura, da un par de vueltas a ras del techo y se lanza flechada hasta detenerse con un perfecto aterrizaje a dos dedos del morro del gato; este se pone bizco y, finalmente, la ve. Ahora sí, ahora ya es el Luca de siempre, bueno, de siempre desde que se ha hecho mayor y pesa como un oso panda. Y corre, la persigue, pisa a Martina..., pero la mosca se le escapa. Un poco decepcionado vuelve al rincón donde da el sol y se deja caer en el suelo.

Martina, que no se ha perdido detalle, no da crédito a sus ojos: ¡Luca no ha cazado la mosca! ¿Cómo es posible? Tendrá que decírselo a mamá y a papá.